

que «¡Abajo las fortalezas!». La rebelión se inició en Santiago de Compostela y la capitaneaba Alonso de Lanzós, que fue acogiendo en sus filas a todos los maleantes y a todos los descontentos, organizando en el interior de los bosques y con gran sigilo una horda de 90.000 hombres, dividida por zonas y distritos. Lanzós mandaba los irmandiños por Vilialba, Betanzos y Puentedeume. Más allá, Alfonso de Casal y Gonzalo Pillarte acaudillaban otras fuerzas; en las tierras del centro de Galicia era su cabecilla Pedro Osorio, y en las comarcas del Ulla y el Lima mandaba Diego de Lemos.

Primero arremetieron contra los castillos de Alonso Pérez de Sotomayor, en su fortaleza de Tuy, la cual tomaron, tras la muerte de su señor. El Arzobispo Alonso de Fonseca tuvo que huir a Portugal y los «irmandiños» arrasaron todas las casas fuertes que pertenecían a Pedro Pablo de Cela.

Lope Pérez Mariño, otro Capitán de la «Hermandade», asaltó Pontevedra y destruyó sus defensas. Un historiador de la época se expresa así: «Las odiadas fortalezas eran incendiadas, arrasadas, saqueadas despiadadamente. Los señores huían, unos a Portugal, otros a Castilla. Mas no tardaron en emprender la contraofensiva con los auxilios que en aquellos Reinos vecinos les daban.» Efectivamente, desde 1469, el Arzobispo Fonseca atacó a Santiago y pudo tomarlo; *Pedro Madruga* o Alvarez de Sotomayor—hermano del asesinado don Alonso—batió a los «irmandiños» y recuperó Pontevedra. Pardo de Cela, con 50 caballos y 5.000 infantes, fue recuperando sus castillos de Saavedra, Villejuán, Frouseira y otros, luchando con varia fortuna contra el cabecilla Alonso de Lanzós, hasta que cayó éste en manos de Andrade, quien lo encerró en una prisión, cargándolo de cadenas. Pedro Osorio fue vencido, y el único que escapó sin pagar sus depredaciones y sus crímenes fue el capitoste Diego Lemos, oculto por los montes y en los burgos que le eran propicios.

Las fortalezas destruidas por los «irmandiños» fueron innumerables, ya que sólo la contemplación de un baluarte, una torre o un recinto fortificado despertaba sus odios y acometía los un ansia feroz de destrucción, pues, como los comunistas de nuestros días, aquellas gentes deseosas de justicia eran azuzados por aventureros a los que sólo guiaban ansias de rapiña y móviles bastardos.

Tales fueron los primeros depredadores de los castillos de España.